

¿Quiere un milagro? Haga escribir a un estudiante

Silvina Scheiner

La escritura es importante en la escuela porque es importante fuera de ella. Y no al revés.

E. Ferreiro (1999, Pag. 45)

Hacer escribir a alumnos de primer año de la universidad es una tarea bastante compleja. Puedo afirmar por experiencia que esta dificultad no solo se presenta en la Facultad de Diseño y Comunicación de la Universidad de Palermo, sino en todas las facultades más allá de la carrera o especialidad.

Esta intención de que el alumnado desarrolle piezas escritas se complica aún más cuando los alumnos cursan una carrera que supuestamente “no tiene nada que ver” con la palabra escrita.

Su razonamiento es comprensible. Muchos adultos creen que escribir es para los periodistas o los escritores y no se dan cuenta de que escribir, según coinciden diversos autores, es una de las variadas formas de actividad humanas dirigidas hacia la consecución de objetivos. Escribimos, como dice Daniel Cassany en construir la escritura, para pedir y dar información, para expresar nuestros conocimientos, influir en otros, pedir dinero, organizar una actividad, buscar aprobación, etc.

Sin embargo, el argentino universitario promedio cree que una materia que enseñe a escribir – o lo intente – es un trago amargo que debe soportar mientras llegan las materias “realmente importantes”.

Sin embargo, a pesar del momento bisagra que está viviendo la palabra escrita (el pasado, con su ortografía y sintaxis, y el futuro, dominado por los SMS), he logrado que jóvenes de primer año escriban textos dignos y, en muchos casos, descubran una habilidad o un placer que antes no habían detectado.

¿Cuál fue la clave de tal milagro?

Llevarlos al terreno personal, mostrarles que esa hoja en blanco no solo servía para hacer dibujitos mientras el profesor habla o rendir exámenes, sino también para recordar, expresar, reflexionar y hasta perdonar.

“Irse a vivir solo: Inteligencia o estupidez”, fue el tema que propuse en Comunicación Oral y Escrita (COE) la materia que dicté el pasado cuatrimestre. El trabajo debía tener entre 60 y 120 líneas y abordar puntos a favor y en contra de vivir con los padres o independizarse. El objetivo –aparente– era la práctica del discurso argumentativo.

Para sumarle complejidad al asunto, dividí el curso por la mitad y dispuse que un grupo estaría a favor de la independencia y otro a favor de la permanencia en el hogar paterno, más allá de cuál fuera su verdadera opinión. “Ustedes creen que un abogado siempre defiende a los buenos. Defienden profesionalmente. Ustedes deberán buscar argumentos y desarrollarlos, al margen de sus convicciones”, les dije.

Así, luego de un acalorado debate en clase, cada alumno escribió el texto pedido en su domicilio y la semana siguiente, uno a uno, lo fueron leyendo en clase, frente a sus compañeros.

Los resultados fueron muy buenos. De hecho, me sorprendieron.

¿Qué consiguió el trabajo, además de hacerlos defender una idea?

1. Me permitió como docente saber más de las vidas de mis alumnos y a ellos, de las de sus compañeros.

2. Ayudó a los alumnos a comprobar cómo un mismo tema tiene infinitas aristas y maneras de ser contado, expuesto. Ellos mismos luego de oír los distintos relatos comentaban los variados puntos de vista, los ángulos originales. Lo relativo de la expresión escrita.

3. A nivel de la dinámica grupal, ciertas personas lograron con su texto salirse del rol que el grupo tácitamente le había asignado. Un chico latino –minoría en la clase– leyó un trabajo considerado excelente a juzgar por los aplausos de sus pares, lo que le permitió que sus compañeros lo valoraran de una manera diferente.

4. El trabajo los obligó a hacer un análisis, enfrentarse a su realidad y también a sus miedos, y provocó en muchos de ellos una reflexión inédita.

¿Que si había errores de ortografía? Sí, por supuesto, pero en vez de seguir luchando contra el *cut & paste* yo había obtenido 30 materiales genuinos, originales, únicos, surgidos de 30 personas que por 40 minutos, una hora quizás, acallaron los sonidos del *Ipod*, los *ring tones* del celular, los gritos de la calle, las palabrotas del televisor, para buscar en su interior una anécdota, un recuerdo, una realidad familiar y hasta un fantasma del pasado.

Este año, en el segundo cuatrimestre, a raíz de la iniciativa de la facultad, los trabajos prácticos finales de la COE sufrieron una modificación. Dejaron de ser “La palabra de mi profesión” para convertirse en “Historias de mi familia”.

El cambio me pareció positivo apenas lo escuché en una reunión que organizó el Departamento de Gestión para todos sus docentes.

El trabajo anterior, a mi modesto entender, no era más que un espacio para que los alumnos cortaran y pegaran una serie de textos de la computadora o que transcribieran el apunte de alguna otra materia, lo llenaran de fotos, bajaran unas carátulas de la intranet y *voilà*: Un trabajo práctico final al que muchas veces ni siquiera era revisado o estudiado.

Este otro trabajo parecía ser, o por lo menos lo intentaba, un esfuerzo para que los alumnos se expresaran más personal y abiertamente.

Sin bien tenía muchas ventajas, presentaba *a priori* ciertas complicaciones que enumeraré muy someramente:

- Criterios de evaluación: ¿Cómo evaluaríamos contenidos que no enseñamos? ¿Buscaríamos la originalidad o la corrección? Podíamos evaluar los textos a pesar de no haber dictado los temas que la realización de este texto demandó?

- Dificultad para comprobar si las historias eran realmente de la familia: ¿Cómo saber si lo que se muestra es ficción? El trabajo busca promover la búsqueda, la investigación, la curiosidad de un joven sobre sus lazos...

- Posibles confusiones a la hora de calificar la investigación, su realización y el *delivery*: cuando me traen un corto cinematográfico como trabajo final estoy cali-

ficando lo técnico o la idea o la escritura escondida que hay en el (de eso es la materia) ¿Cuánto más pesa una caricatura animada que un cuento leído *a capella* sin apoyo tecnológico ninguno?

Así y todo, le puse una “ficha” a la idea para ver su evolución.

Siguiendo los lineamientos que dio la facultad, en la Semana de Proyectos Jóvenes – las últimas dos de octubre- se instó a los alumnos a que trajeran y presentaran frente a sus compañeros las ideas que luego desarrollarían más extensamente en su trabajo práctico final.

Era algo así como una etapa 0 del trabajo. En ella, cada chico debía escribir unas líneas sobre el tema elegido y comentarlo en unos minutos frente a la clase.

El solo anuncio del trabajo generó mucho revuelo en el aula. Si bien una guía explicaba los pormenores del tema, la búsqueda interna, el hablar con familiares, etc. generaba cierta inquietud.

El día llegó. Dividí a los 30 alumnos en dos grupos y en dos clases consecutivas cada uno se paró frente a su auditorio y expuso su “historia familiar”.

Hubo de todo, desde migraciones de abuelos (esperable para un país cuyos habitantes “nacieron de los barcos”) hasta soldados y gremialistas.

Me llevé grandes sorpresas. Trataré de enumerarlas.

1. Atención: Los alumnos prestaron mucha atención a sus pares, hacían preguntas, comentarios. Incluso se habilitó un espacio para que, en caso de que la historia tuviera huecos, ellos los evidenciaran y ayudaran a que el expositor completara aquellos detalles que no habían sido claros. También recomendaron alternativas de formatos para presentar la historia el día del examen final.

2. Temas: Las cuestiones que surgieron en el aula fueron sorprendentes. Desde las obvias historias de bisabuelos que dejaron Ucrania para hacer la América, hasta parientes que, a principios del siglo XX y con 12 años, se “entregaban” a un hombre en relaciones difusas, pasando por románticos encuentros de carnaval, tragedias familiares, enfermedades terminales, lunas de miel, rebeldías adolescentes, incendios y asesinatos.

Escuchar esas historias resultó una experiencia muy enriquecedora para cada alumno y para el grupo.

Para cada alumno: Escribir implica pensar, ordenar ideas, decidir y poner en el papel. Hacerlo con una historia familiar es un ejercicio reflexivo sin igual. Para un adolescente que vive en esta época, caracterizada por la hipercomunicación sin contenido, enfrentarse a un tema sensible, que hace a su identidad y exponerlo frente a su grupo, fue muy movilizante.

Asimismo, ver a otro temblar al leer, equivocarse, perderse o reírse frente al curso genera una identificación, aliviana los propios temores y vergüenzas que genera producir un texto y leerlo en público.

Para el grupo: compartir historias y vivir incluso las ajenas, te aúna, te hace sentir menos solo y diferente. Gente que por prejuicios o simplemente ubicación espacial en el aula nunca se había hablado en los cuatro meses del ciclo, comenzó a conectarse, a darse la oportunidad.

Por supuesto que hay mucho por hacer, pero está claro, como dice Cassany: “los alumnos se apoderan de las actividades que les interesan, según sus necesida-

des sociales. Por lo tanto los proyectos del aula tienen que conectar con lo que el aprendiz quiere poder hacer fuera del aula, con sus intenciones comunicativas, con los temas sobre los que quieren leer y escribir, y con los contextos en los que quieren participar”.

Referencias bibliográficas

- Cassany, D. (1999) *Construir la escritura. Papeles de Pedagogía*. Barcelona: Paidós Ibérica.

Actualización e innovación curricular

Gloria Schilman

En la materia Ceremonial y Protocolo I los alumnos estudian los siguientes temas: La educación. Las buenas costumbres. El trato social. El concepto de ceremonial, protocolo, diplomacia y etiqueta. El origen del ceremonial. El ceremonial hoy. Las presentaciones. Las referencias históricas de los saludos. Los modales y proceder; la cortesía. La precedencia. Los distintos criterios para ordenar. Los tipos de mesas y cabeceras. La cabecera a la francesa y a la inglesa. El comportamiento en la mesa. El orden del servicio en la mesa. La ubicación de los cubiertos y de los alimentos. La cristalería y la mantelería. El ceremonial corporativo o empresario. La recepción de un VIP en la empresa. Los eventos empresarios. Los desayunos y comidas de trabajo. *Cocktails, buffets*. Vino de honor. *Brunch*. Mesa de quesos. Los servicios de *catering*. El menú. El servicio de té. El protocolo y su redacción. El ceremonial escrito. La correspondencia protocolar, comercial y empresarial. Las tarjetas, invitaciones personales y comerciales de matrimonios. Los diplomas, certificados, pergaminos. Diagramación. Forma de envío. Recepción. Respuestas. Plazos. El ceremonial y seguridad.

En los trabajos prácticos, realizan una investigación acerca del ceremonial en las distintas civilizaciones, religiones y/o países. Pare ello, se trabaja en equipos, explorando a fondo las diferentes culturas en relación al contenido temático de la materia. Este año abarcaron los siguientes: Grecia y Roma antiguas. Egipto de los faraones y el actual. Japón. Turquía. China. Árabes y judaísmo. India. Tribus Maoríes y los indígenas americanos. En el Río de la Plata. En el Vaticano. En la Isla de Pascua. En los siguientes países latinoamericanos: Bolivia, Ecuador, México, Paraguay.

Los puntos que se analizaron fueron: La ubicación geográfica de la comunidad en el mundo. Su idioma. Población. Clases sociales o castas. El clima y su influencia en las costumbres. Los emblemas y símbolos nacionales: escudos y banderas. Su moneda. Animales y/o aves nacionales o sagrados. Acontecimientos importantes. El Protocolo. La referencia histórica de los saludos, modales y proceder. La cortesía y su significado en cada uno de ellos. Sistema de valores. Fórmulas de respeto. La precedencia, el orden y sus principales aplicaciones. Los criterios para ordenar y su influencia en el diagrama de la sociedad. Los lugares de honor. La precedencia en las reuniones públicas y privadas. La religión. Sus divinidades. Templos y ceremonias. Líderes espirituales.